

**Te recuerdo,
Shantidas**

Héctor O. Merino



Prólogo

Nada mas simple que cerrar los ojos y tener frescos los momentos felices que pudimos compartir con Shantidas.

Nada más difícil que escribirlos y transmitirlos con toda su intensidad a los que quieran compartir esos momentos.

Como mi acercamiento más fuerte a la doctrina de Shantidas ha sido a través de vivencias directas junto a él, estos recuerdos son los que me han dejado algún mensaje o alguna enseñanza.

Son historias simples que surgen como islas en un mar de recuerdos, pero muchas otras quedarán ocultas bajo su superficie y aflorarán, de vez en cuando, cuando la vida quiera mostrarlas.

Somos conscientes que estos pantallazos desordenados no serán comunes a las de otros hermanos que lo han conocido, pero sólo tratan de poner de relieve el valor de esos momentos donde nos unimos a los apoyos valiosos que nos ayudan a retornar a la evidencia.

Por ello no tienen fecha, porque el conocimiento universal no tiene tiempo, pero ocupa todos nuestros espacios.

Y esto es posible porque su personalidad, igual que un diamante multifacético, permite acercarse desde todos los ángulos, y estas historias deberían poder acercarnos al interior de una personalidad aún no valorada.

Su influencia tuvo menos repercusión en mi exterior que en mi interior. Buscamos aprender a vivir, a comprender esa aventura que se llama vida, nutriéndonos de todo tipo de aprendizaje. Muchas de ellas nos marcan caminos que muestran la caparazón de las cosas y cuando entramos en los subterráneos de nuestras acciones, esa innumerable oferta de vías, convierten nuestro interior en un laberinto sin salidas luminosas.

Por ello hacemos esta tarea con la comprensión cómplice de los que la lean, y ofreciendo una reflexión final de mi experiencia.

Primer encuentro

Los nervios del próximo examen aumentaban mi cuota de adrenalina, aumentada por las disputas con mi compañero de estudios A. J. pequeño gran judío, hijo y sobrino de arquitectos notables. Con el tablero delante y un mate en la mano discutíamos acaloradamente sobre la manera de desarrollar un proyecto que nos ilusionaba y nos hacía soñar con las grandes obras de la historia del arte. En medio de esta envoltura creativa, aún no puedo reconocer el momento en que me anunció la llegada a Bs. As. de un escritor Lanza del Vasto. Distraído y con un lápiz automático en la mano le hice un gesto bien italiano preguntando quién era esos tipos, ya que me pareció haber oído Lanza y Del Vasto, como si se tratara de alguna de esas famosas parejas como Laurel & Hardy o Abbott & Costello.

— Estuvo mucho tiempo con Gandhi en la India, me replicó mi compañero, algo enojado por la ignorancia propia de un gentil. Como continuaban las ponderaciones sobre la personalidad del escritor, le pregunté si realmente tenía interés en verlo, un poco para terminar con el asunto. A.J. respondió:

— No creo que sea posible ya que ha sido invitado por Victoria Ocampo y debe ser inaccesible, atribuyendo a esta dama escritora dueña de la editorial Sur, una distancia que, en realidad, no existía.

— Mirá, repliqué, pará que ya te lo resuelvo.

Y, con la osadía propia del que ignora los peligros propios de una entrevista, decidí llamar a la Editorial Sur y pedir un encuentro con el tan nombrado escritor, ya que éramos un grupo grande de arquitectos que estaban interesados en sus obras.

Nunca hubiera pensado que esta mentira piadosa me llevaría a una de las experiencias de vida más ricas de mi vida.

Por supuesto, fuimos. Fuimos, luego de una infructuosa búsqueda desesperada por asociar, aunque sea, algún arquitecto a nuestra aventura. Cada llamado era una frustración, pero la inconsciencia y la curiosidad fueron suficientemente importantes como para llevarnos hasta la Editorial.

Nos atiende la propia Victoria Ocampo, que con una mezcla de desconcierto y de amabilidad nos invitó a pasar al estudio de ella donde se encontraba Shantidas.

No sé cuál fue la sensación de mi amigo, pero reconozco que la mía fue la de una profunda revelación: Un hombre verdadero. De qué otro modo podría definir la sensación de estar frente a alguien que vivía con plenitud aquello que afirmaba. Como una obra de arte arquitectónico, la belleza de su fachada expresaba la belleza de su interior. No pude evitar de observar sus ojos penetrantes apoyados en una barba perfectamente recortada, la flexibilidad de un cuerpo de mimbre cubierto con ropa hecha en lana tejida a mano, adornada con botones de madera tallados, sus grandes pies desnudos sostenidos por fuertes arcos y protegidos por sandalias simples de diseño adecuado a su función sin arabescos retorcidos. La reunión no fue prolongada, quizás debida a nuestra ignorancia de sus escritos, pero su resonancia suena hasta hoy. Con una comprensión propia de los hombres con estatura de rey, ignoró nuestra trampa infantil, nuestra ignorancia y nos invitó a una futura reunión que haría con algunos interesados. Lo curioso es que mi amigo que me había llevado por este sendero de un modo intelectual, tomó un desvío y no estuvo en dicho encuentro.

Poco importó que mi acercamiento fuera a través de una ropa hecha de lana hilada a mano que mostraba el respeto por la vida, sus botones tallados que señalaban el amor puesto en cosas simples, la simbología de una cruz que señalaba una apertura en todas las direcciones, sus pies apoyados sobre arcos de peregrino, como los de un puente, montados sobre sandalias de diseño perfecto por ser la solución más simple, sus fuertes manos grandes por estar colmadas de energía, sus ojos de mar casi ocultos por nutridas cejas que podían comprender, aniquilar o ser cómplices de una travesura, su cuerpo con la solidez y elasticidad que le permitía retorcerse como madera de boj que ininterrumpidamente se nutre de áridos suelos. Lo que sí me importó era haber encontrado por fin un agente catalizador que me acercaba al conocimiento porque vivía con plenitud cada frase de su mensaje, lejos de los que nos nutren con sus bocas pero no con sus ejemplos.

Primera reunión

Como en toda primera reunión, entre los asistentes había mucho desconcierto, desconfianza, interrogantes y la esperanza de encontrar un nuevo camino. La sala de la Editorial Sur no era muy grande, el grupo numeroso y las comodidades pocas, por ello la informalidad de sentarse donde se pudiera era la única alternativa. Shantidas, cómodamente doblado en posición de loto sobre una silla, comenzó a explicarnos sintéticamente su doctrina, y cada uno recibía el baño del mensaje traduciéndolo a las necesidades interiores que lo habían llevado hasta él.

Siempre me fascinó esta multiplicidad de interpretaciones de sus palabras. Muchos años después me decía que no importara donde fuera en sus peregrinajes, las necesidades espirituales eran las mismas, y por eso sus palabras resultaban tan universales.

Aunque a veces, no siempre bien comprendidas. En esa primera reunión, cuando Shantidas permitió que cada uno expresara sus apreciaciones, una buena señora de rostro dulce y mirada lánguida, comentó que hacía ya muchos años que ella practicaba los principios de la no violencia en su vida y tomando como un ejemplo para afirmar lo que decía comentó que cierta vez en un transporte público tuvo un altercado con un pasajero que la atacó con indignación injusta. Entonces ella, le respondió con calma:

— Si una mano tan sucia como la suya quiere darme una bofetada en una de mis mejillas, yo pondré la otra.

Esta señora es un buen espécimen de los que inocentemente buscan por distintos caminos el conocimiento y en su peregrinar los envuelve la bruma de la insensatez y convencidos que están llegando a sus metas, la realidad confusa de la incompreensión los dirige al extremo opuesto.

Conferencias

Las conferencias de Shantidas eran siempre seguidas por mucho público. Mucho de este público se acercaba con curiosidad, otros con devoción tratándolo como un gurú o un guía espiritual, pero otros lejos de todo esto con el interés de encontrarle alguna flaqueza a su mensaje.

Una constante en las charlas, sobretodo en un país donde comer

carne es a menudo un acto ritual digestivo, era la incomprensión para aceptar el vegetarianismo de Shantidas por respeto a la vida más que por una razón estética o dietética. Una buena señora, regordeta con su sombrero florido, sentada en la primera fila no pudo menos que reprocharle que en el momento que se comía las lechugas o los tomates del huerto también se estaba matando pequeños animales que se nutren de ellas.

Quizás cansado por la repetición de estos comentarios insensatos, o porque se había dado cuenta que la buena señora necesitaba una reacción agresiva, luego de haberla escuchado, enderezó toda su estatura, se acercó al borde del proscenio y como un buen actor lanzó su brazo y su mano grandota como queriendo alcanzarla para que comprendiera, y le espetó:

— Sí, no hay inconveniente que comas carne, lo importante es que tú mates a la ternera y no le des esa tarea a un pobre carnicero!!.

Esta experiencia tiene una actualidad dolorosa. Shantidas me comentaba, cierta vez, la imposibilidad del hombre actual para tener una visión global de sus actos y sus consecuencias. Hoy que se manosea la palabra global, cuando en realidad lo que se globaliza es la ignorancia y la explotación entre todos los niveles de seres, asistimos a una depredación del entorno con la complicidad impotente de quienes la sufren. Atraídos por un manejo perverso de la información no discriminamos y usamos, manejamos, empleamos, compramos, comemos, vendemos, una cantidad creciente de cosas que no sabemos de donde vienen ni adonde van. Sólo interesa que las mismas sirvan para satisfacer nuestras necesidades, cuando ignoramos totalmente cuáles son nuestras verdaderas necesidades.

En la playa de Mar del Plata

Los momentos mas ricos que recuerdo, fueron aquéllos en donde podía participar en compañía de Shantidas cuando viajábamos juntos a distintas ciudades para formar grupos o dar conferencias. Era en ellas, compartiendo cada momento simple de esos días donde su nutriente más me alimentaba.

Uno de esos viajes fue a Mar del Plata que es la ciudad balnearia de la gente de Buenos Aires, lo cual significa que es un pueblo vacío y sólo vive intensamente cuando hay sol y tiempo para disfrutarlo.

Un verano, Shantidas había sido invitado a dar conferencias por la Universidad local en plena temporada. El calor era fuerte y la libertad de nuestro trato me impulsó a comentarle mi deseo de entrar en el mar que se encontraba a poca distancia. En la intimidad de la habitación me comentó que él no tenía ropa adecuada para bañarse, pero para satisfacer mi capricho de adolescente, como un padre bueno y comprensible, se puso unos calzoncillos largos que usaba por debajo de sus pantalones de lana hilada, y nos fuimos a la playa.

Al llegar, nos detuvimos un momento y viendo los cuerpos tirados como lagartijas sobre la arena, reflexionó con una sonrisa pícaro: — Qué fiambrería.

Descendimos las escalinatas que conducían al mar y en vez de dirigirse directamente al agua, caminamos un largo trecho entre la gente ante la mirada absorta de los veraneantes al encontrarse con un alto barbudo de digno andar yendo a bañarse en calzoncillos largos acompañado de un adolescente, rojo como un tomate, que rezaba para no encontrarse con algún conocido.

No creo encontrar un idea clara sobre “el qué dirán”. Es notable la fuerza de un concepto que no está escrito, es inasible y no se puede medir y, que quizás tampoco existe. Sin embargo no podemos calcular la cantidad de momentos, llenos de rubor, en donde la gente no procede por lo que siente sino por lo que “los otros” quieren que haga. Yo estaba molesto, Yo tenía vergüenza, Yo me sentía incómodo, Shantidas que caminaba en - hiesto a mi lado era mi lección de libertad, de acción y no de reacción, de alguien que estaba seguro de sí mismo y que no contaba con la aprobación del entorno para cometer un acto que le gustaba.

Misa dominical

El domingo siguiente a nuestra llegada a la mencionada ciudad balnearia de Mar del Plata, elegimos una iglesia apartada del centro de la ciudad y fuimos a una pequeña parroquia cercana en el barrio residencial Alfar. Nos pusimos en la parte central y asistimos al oficio, con las particularidades propias de Lanza. No sé si otra persona ha analizado tan profundamente los aspectos estéti-

cos y profundamente religiosos que encierra el Culto, como siempre, hechos con plena libertad de las costumbres y las modas. Por una parte no seguía la misa en el idioma local sino en latín, una lengua que hablaba correctamente. Afirmaba que era una lástima que se hubiera perdido la práctica de hacerla en esa lengua ya que hubiera sido un lenguaje universal que hubiera unido a todos los practicantes y los hubiera hecho sentir más hermanos. Por otra parte en el momento de la consagración, recibía la hostia elevada de pie y luego hacía una profunda reverencia, que contrastaba marcadamente con las genuflexiones de todo el resto de los asistentes.

Cuando terminamos la misa, un acólito se acercó y nos indicó que el cura tenía interés en tener una entrevista con Lanza. Por supuesto que fuimos, ya que como Cristo jamás se negaba a una invitación al diálogo, no importa quién fuera su interlocutor. Entramos a la Sacristía que era un salón muy grande con una desproporcionada mesa alargada que podía reunir gran cantidad de personas. Nos sentamos en uno de los extremos, dejando libre la cabecera para la ocupara oportunamente el sacerdote. Esperamos y esperamos, lo cual significaba que la tensión de Lanza iba creciendo en la misma proporción que el tiempo de espera. De pronto, en una aparición casi artística, sale el cura de entre unas cortinas y se sienta en la cabecera, y sin mediar ningún saludo, le pregunta a Lanza:

— ¿ Ud. cree en Dios?

Lanza lo miró, y como ya había acontecido en encuentros similares, todo su largo y espigado torso se estiraba como si fuera el de una hermosa cobra. Con su cuello tenso y su mirada fija en el sacerdote, ninguna palabra salió de su boca.

Ante esta actitud, el párroco sin esperar le preguntó:

— ¿ Ud. cree en la Virgen María?

Y Lanza continuó con la misma actitud.

Entonces el sacerdote, cambia su ángulo, me mira y me pregunta con un aire un tanto desconcertado:

— ¿ No entiende el castellano?

Y ahí surgió la voz de Lanza, con tanta fuerza como claridad:

— ¡Sí que entiendo el castellano!. y enseguida

— ¡Lo que no sé es adonde quiere ir con sus preguntas!, y continuó:

— Ha leído mi libro “Comentario de los Evangelios”. ¡Léalo, y luego hablaremos!

Y sin esperar ninguna respuesta, nos levantamos y nos fuimos de la sacristía, dejando turbado al cura que no había reaccionado a la reacción del erguido Lanza, y continuaba sentado con un aire sorprendido en la cabecera.

Yo también estaba asombrado en un primer momento de la aparente falta de respeto de Lanza. No entendía porqué las aparentes preguntas ingenuas del cura lo habían puesto en una actitud aparentemente agresiva. Y empleó conscientemente la palabra aparente, porque de eso se trataba. Esa actitud hubiera respondido a la apariencia: el sacerdote magnificado por el culto, un interlocutor entre el Supremo y nosotros que preguntaba sobre la Fe y quería respuestas directas. De pronto tomé conciencia que en realidad se trataba de un sepulcro blanqueado que se había sentido con la autoridad de juzgar a un prójimo sin saber siquiera la trayectoria espiritual y las profundas investigaciones que el mismo había efectuado. Y por ello, Lanza, que había captado la verdad interior de la situación, y con la libertad que se tiene cuando uno se sabe dueño de una profunda y sincera devoción religiosa rompió con látigos sin tener en cuenta la apariencia del párroco, del mismo modo que seguramente lo hubiera hecho con mercaderes del templo.

El pan no se retira

Poco después de Mar del Plata descendimos hasta Bahía Blanca. Una ciudad bastante árida, castigada por fuertes vientos que traen areniscas y polvo de la Pampa del Oeste Argentino. En este panorama gris Lanza ofreció una serie de charlas en la Universidad del Sur, donde atrajo una numerosa concurrencia. Residíamos en el Hotel Austral, que en esa época era uno de los más importantes de la ciudad.

Qué importante me resultaba constatar, habiendo dormido juntos en pequeños cuartos o casas humildes, que nunca daba mayor importancia al nivel social que lo acogía, sino su legítimo y sincero interés por sus mensajes.

Habíamos almorzado con la atenta atención de un mozo que esta-

ba deslumbrado por la apariencia insólita del profeta. Tratando de esmerarse más que con otros comensales, en cuanto habíamos terminado con los platos centrales retiró presuroso los restos del pan y sus pequeñas migajas. Pero quedó sobresaltado, cuando en un gesto rápido Lanza tapó con sus grandes manazas de artesano el poco de pan que quedaba diciendo:

— ¡El pan no se retira!. Y cuando ya el mozo abrumado se alejaba, prosiguió:

— Esta mala costumbre cortesana de abandonar a Cristo antes de terminar con la comida.

Si hubo algo que siempre me resultaba fascinante de Lanza era la vivencia permanente de su mensaje de vida interior. Toda ocasión era buena para demostrarlo, no de una manera preparada que podía ser una falsedad, sino como el resultado natural de una persona que había llegado a encarnar la esencia de las cosas, así se trataron de migajas.

! Qué hacés loco ;

Cuando por fin también habíamos consumido los postres y el humeante café que era uno de esos pequeños placeres que Lanza, como buen italiano, se brindaba me invitó a dar una caminata por los alrededores del Hotel.

Salimos y las pocas cuadras, surgió de pronto, sin saber de dónde un joven de rostro pálido redondito con un pullover azul, que avanzaba detrás nuestro a unos cinco metros acompañando la velocidad del peregrino y su turbado acompañante.

Un momento después dicho joven comenzó a gritarnos en voz alta:

— Qué hacés loco. Qué hacés, te disfrazaste pa' el carnaval. Los comentarios, evidentemente aludían a la presencia de Lanza, con su ropa de lana hilada a mano y sus pies desnudos sobre una breve sandalia decorado por una barba abundante bien atusada.

Cuando ya habíamos hecho unos cuantos metros, y los comentarios seguían colmados de ironías, el turbado acompañante se dirige al maestro para decirle:

— Bueno, ¿qué hacés con tu no violencia cuando tenés un tipo así

que te molesta todo el tiempo, eh?. A lo que Lanza, se inclinó y poniendo una mirada perdida me preguntó como respuesta:

— ¿Qué? ¿quién?

— Ese, ese que está caminando detrás y te dice todas esas cosas.

— ¿De quién hablas?

Cuando estaba a punto de volver a hacerle los comentarios, lo miré y me dí cuenta que yo era el que estaba en falta. Yo había asumido el rol del ofendido, cuando en realidad el atacado lo había ignorado. Nunca pude saber si la actitud de Lanza fue sincera, o era otro de los momentos que aprovechaba para dejarme un mensaje que yo debía aprender si tenía oídos para oír, y ojos para ver.

Lo increíble fue que el joven, quizás gastado por la falta de interés, dobló en la esquina siguiente y se perdió en una calle gris, quizás caminando malhumorado por la falta de repercusión de su ataque.

Monje franciscano

Finalmente, la visita de Bahía Blanca se terminó y nos dirigimos al aeropuerto para tomar el avión y volver a Buenos Aires. Como era costumbre nos avisan que el avión se iba a retrasar y con toda libertad, dejando la preparada Sala VIP llena de blandos almohadones nos dirigimos a un pequeño sector con un cuidado manto de césped bien verde debido a la humedad que reina siempre en esta ciudad costera.

Nos tiramos como dos adolescentes traviosos que gozaban del olor al verde, cuando vemos venir de lejos, balanceándose como un pato, un joven que se presenta como periodista del diario local con el deseo de hacerle un reportaje a Lanza. Por supuesto no hubo ninguna negociación, sino más bien intriga de cómo se haría y dónde el mentado reportaje, por lo que Lanza no abandonó su estirada pose de descanso. Lo que no nos habíamos percatado era que junto con una pequeña y simple máquina fotográfica, también estaba un pequeño y opaco fraile franciscano, un tanto regordete, que miraba encantado a Lanza.

Por un momento reinó el silencio, y la inquietud del pequeño periodista que temía la posibilidad de perder el reportaje a una visi-

ta de tan alto valor cultural.

De pronto y como queriendo romper el hielo, el fraile le comenta a Lanza:

— ! É bello Assise, nonj, - en ese italiano propio de los inmigrantes que hacen un vano esfuerzo por no olvidar su lengua madre.

A lo que Lanza contestó:

— ! Siii j. prolongando la vocal para que la pequeña respuesta pareciera algo más importante.

Ya un poco más animado, el franciscano, hizo una pregunta:

— Lei á estato en Assise.

Lanza, luego de una profunda mirada, respondió con sencillez:

— Siiiiii , dando al segundo si, no sólo una mayor prolongación, sino hasta una variación melódica muy agradable.

El joven periodista se sacó el sombrero e hizo un gesto como de rascarse la cabeza, quizás porque no entendía que un filósofo tan importante y un sacerdote destacado de su localidad no llegaban a proveerle una nota que tuviera acceso al Premio Pulitzer o algo así.

Cuando de pronto anuncian por los parlantes la partida del avión del fraile, y por lo tanto quedando abruptamente interrumpido el diálogo ya que ambos salieron presurosos hacia los salones del aeropuerto.

Mientras la pareja se distanciaba, Lanza me mira con esas miradas pícaras que a veces me hacía sentir un cómplice de sus pensamientos, y me dice:

— Estos franciscanos han buscado tanto tiempo la pobreza que se han convertido en unos estúpidos.

Estúpido, en Lanza, debe ser tomado en el sentido etimológico ya que cada palabra importante que usaba, era para mí un descubrimiento de mi propio idioma. Estúpido es estupor, o sea quedarse sin palabras, sin saber qué decir. Pero fuera de esta aclaración, el mensaje que luego sería confirmado ampliamente en la experiencia vivida en la Comunidad del Arca, era la importancia fundamental que se daba a la educación de alto nivel que se tenía dentro de la misma. Hay una diferencia inmensa entre miseria y pobreza.

Bienaventurados los pobres por el espíritu, no significa de ninguna manera descender en la condición humana hasta niveles cercanas a la nada.

El vacío interior que hay que hacerse, para que uno sea como un cuenco, no debe privarnos de adquirir todo aquello que nos ayude a conocernos a nosotros mismos, o sea, nuestros límites.

Llegada a Bolléne

Esta localidad se encuentra en medio de la hermosa región de la Provenza francesa. Es muy pequeña, pero colmada de viñedos y olivos. En sus cercanías estaba el “hameau” de Henri Clouzot, quien por ser pariente de “Chanterelle”- la esposa de Lanza- se había tenido la bendición que lo donara para habitarlo con toda libertad. Era muy parecido a un cortijo andaluz, un largo camino que llegaba a la casona envuelta en un muro perimetral, un arco de entrada ocultando un patio central no muy grande, y habitaciones de distinto tipo que miraban hacia el mismo. Algunos muros pintados de un rojo tierra dejaban traslucir entre sus grietas la piedra caliza de la región con la que se habían construido.

Al fondo se encontraba lo que podía haber sido las caballerizas y que cuando llegué eran el taller de carpintería y la panadería y la cocina. A la derecha un salón importante tenía en su centro una rueda enorme de piedra de molino y una decorada campana de madera, que servía para hacer el fuego, calentarnos y ahumarnos durante las reuniones que se hacían en el frío invierno. El ala izquierda encerraba las altas habitaciones en planta baja y en un primer nivel.

Llegué un Viernes Santo del '62, y por lo tanto de ayuno y silencio. Tras tantos días de un viejo barco, trenes y caminatas llegar a un lugar extranjero y sentirse solo y rodeado de hombres y mujeres con largas túnicas blancas quienes, como fantasmas, se paseaban y me miraban sin decirme nada, resultó para mí bastante frustrante.

Aquello que me parecía tan desconsolador, era en realidad mi primera lección, ya que marcaba el cambio definitivo hacia una vida donde lo espiritual estaba por encima de todo. Aún, por encima, de la alegría que todos los miembros tenían por mi llegada, pero que manifestaron al otro día, cuando fue oportuno hacerlo.

El dormitorio de Bolléne

Cuando se hizo la noche, comenzaron los comentarios inevitables ya que debían ubicarme en algún lugar para pasar la noche. Como no había recorrido el lugar no imaginaba dónde sería instalado, yo y mi valija aún llena de mis ropas burguesas y recuerdos más queridos.

Por fin entramos a la sala con la chimenea y de pronto me extienden una alfombra espesa de mimbre enrollada. Luego supe que eso era una alfombra que normalmente llevan los beduinos, pero con la diferencia que las debían poner sobre hierbas mullidas en climas tórridos donde debe ser un placer dormir sobre esteras. En este caso se trataba de un piso de piedra, transmisor de un frío húmedo que la delgada manta de mimbre no alcanzaba a aislar, una pequeña almohada dura y un espacio mínimo ya que la sala era compartida por un buen número de dormilones. Como la sala servía también para las charlas, como comedor, para que las damas trabajaran en la rueca, etc., por la mañana bien temprano, era lógico que mi comfortable cama fuera enrollada para hacer lugar a tantas actividades.

Cómo se puede medir y conocer los límites de lo que pensamos que nos pertenece, si nunca tuvimos la oportunidad de vivir la sencillez. Cómo podemos conocer el valor relativo de cada una de las cosas que nos acompañan. Y lo más importante, es cómo saber cuál es el volumen de lo superfluo que nos rodea, el volumen de lo que tenemos y podemos perderlo sin sentir que nuestra vida se ha ido con ello. Un ejercicio brutal, por lo fuerte, del desapego con tantas cosas inservibles que nos parecen imprescindibles para poder sentirnos valiosos.

Fiesta de Reyes

En la Comunidad la Pascua era la fiesta central. El domingo tuve la suerte de ver la última representación de "La Pasión" de Lanza, actuada por los Compañeros al estilo de Obermaggäu, recorriendo un monte de olivos cercano junto con el público asistente, para marcar las Estaciones tal como están escritas. Lo que más me im-

factó fue que Lanza tomó el rol de Judas, y que los siete pecados referidos en el libro se representaban con grandes máscaras de madera pintada talladas con el estilo propio de Shantidas. Por la tarde se continuó la fiesta donde Chanterelle y Lanza estaban disfrazados de reyes, y los Compañeros con vestidos que armonizaban como si se tratara de una corte medieval, hecho que aún se puede encontrar en ciertos pueblos de Europa.

Esta fiesta fue mi primer encuentro con "La Fiesta". Para Lanza tanto la preparación como su ejecución tenía una enorme importancia ya que la celebración no era de ninguna manera un hecho trivial, sino un profundo gesto religioso donde tenían cabida todas las artes que el hombre puede aplicar para comunicarse con las cosas trascendentales. Las grandes fiestas marcadas por el culto sumadas a los festejos de los cumpleaños, que se hacían mensualmente uniendo los nacidos en cada signo astrológico, marcaban un ritmo a la vida comunitaria que se iluminaba con cada festejo.

Acción Cívica

Cuando llegué a la Comunidad, Francia se desangraba en la Guerra con Argelia. Dos situaciones eran las más estremecedoras para el pueblo francés: las bobas de plástico (plasticage) que practicaban los seguidores de Raoul Salan, de la ultraderecha, y el gesto emotivo de los Objetores de Conciencia. Estos jóvenes al ser llamados a la lucha, no evitaban presentarse para enfrentar el conflicto sino que pedían hacerlo en un servicio no armado. Pero ser Objeto de Conciencia significaba tener tres años de cárcel, y a su término eran llamados como si todo ese tiempo en prisión no hubiera sido bastante castigo. Y si se negaban, volvían a ser encerrados. De este modo surgieron personas míticas como Louis Lecoin, un anarquista que ya llevaba muchos años en prisión por esta razón y quien gracias al contacto con la Comunidad realizó un ayuno acompañado por Lanza y gente de la Comunidad, gesto reconocido por el Ministro de Defensa Messmer. Era muy interesante compartir la vocación de este maravilloso grupo de gente, comandado con inteligencia por el ex-profesor Jo Pyronet, un verdadero líder.

La Comunidad era profundamente religiosa, en el mejor sentido del término, o sea aportando un vínculo vertical entre el Ser y su Creador. Pero fue muy interesante conocer y participar activamente a esa dimensión horizontal que ponía a la Comunidad en contacto con sus prójimos comprometiendo sus energías y su tiempo en colaborar y elaborar estrategias para que la no-violencia, que era su savia, tuviera frutos que todos podrían apreciar y saborear.

Pueblos góticos

Un día hermoso de primavera, cuando la Provenza se ponía más linda, tuve que terminar una traducción al español de un artículo que Lanza había escrito para los amigos de España.

Cuando me acerqué a que lo corrigiera, tomó los papeles en una mano y con la otra como una tentación de Cristo, me dijo:

— No te gustaría visitar unos pueblitos góticos que están en la región?

Es evidente que con la sed que traía de conocer las obras de arquitectura que hasta entonces sólo se me habían aparecido aplastadas en las páginas de los manuales de historia del Arte, la invitación tuvo pronta aceptación y un momento después estábamos saliendo del “hameu” con dos bicicletas rumbo a los pueblos ocultos.

De entre ellos mis recuerdos van a “La Gare D’Adhemar” y a “Saint Paul Trois Chateaux”. El primero porque estaba enclavado en lo alto de una pequeña colina desde donde se divisaba todo el valle fértil de la región, y porque en ese momento había sido comprado por gente de Paris para hacer un lugar de veraneo pero con la consigna, gracias a Dios, de conservar estrictamente los frentes de todos los edificios del pequeño villorio. El segundo por una capilla curiosamente octogonal donde las piedras que la rodeaban tenían las marcas de cuño de los picapedreros que las habían tallado. Este hecho era casi único ya que por humildad los monogramas de los picapedreros debían estar en las caras que no daban al exterior, quedando reservada su identidad. Todo esto con el gozo de vivirlos al lado de una persona sensible y conocedor del arte como Lanza.

Al regreso, me invitó a descansar en un pequeño paraje llamado

“Le vallée des Nymphes”. Si bien no encontré ninguna ninfa para conocer, el lugar era uno de los tantos paisajes encantadores a escala humana que pueden encontrarse en toda Francia. Con los pies metidos en el agua fresca de una vertiente, me animé a decirle cuánto deseaba conocer más lugares bellos de este país. Con una leve sonrisa, me pidió el mapa Michelin que siempre llevaba conmigo y como dos adolescentes traviosos, comenzó a mostrarme en el mapa gran cantidad de sitios donde encontrar maravillas de arquitectura, pueblos desconocidos y todo ello con comentarios entusiasmados de un peregrino que tuvo la oportunidad de volver a recorrerlos en su recuerdo y compartírmelos conmigo. Nunca puede precisar, ni catalogar cómo era la relación que yo había llegado a tener con Shantidas. Sólo puedo tener el hálito fresco del recuerdo de la persona que me conoció, me comprendió, y me apoyó para que yo creciera.

Cuando tenemos ese vínculo con el ser que amamos, surge una fuerza dentro que nos impulsa por encima de nosotros y nos invita a medir todas nuestras dimensiones. Era el tipo de relación que un agnóstico convertido pedía a su Creador: comprensión, verdadero amor y fuerza con alegría para emprender el difícil camino del conocimiento de uno mismo.

En Segovia

Después que Lanza estuvo en España por primera vez, el interés despertado era tan grande que sus visitas se repitieron con cortos períodos de tiempo.

Una de ellas tuve la suerte de acompañarlo y fue cuando estuvimos con los amigos de Madrid y Barcelona. El afecto y la cordialidad del pueblo español ya es reconocida, y en el caso de Madrid tuvimos la oportunidad de encontrar un apoyo muy amplio con Juan Fernández Figueroa que era el director de la importante revista literaria “Índice”. Un domingo soleado, el grupo de amigos propuso llevarnos a conocer Segovia, en las cercanías de Madrid. Cuando llegamos visitamos las maravillas de la ciudad, visitando algunas como el Alcázar y viendo otras como el magnífico acueducto construido por la ocupación romana. Llegado el mediodía,

los numerosos amigos no habían definido el lugar para comer alguna cosa típica, llevándonos finalmente a lugar excepcional porque además de la calidad de sus platos, estaba ubicado en las alturas cercanas a la ciudad y desde las mesas se podía ver todo el paisaje. Con esa pasión y locuacidad propia de los madrileños, empezaron a dar vuelta a nuestro alrededor mientras cada uno se sentía dueño de nuestros deseos y nos quería brindar la mejor ubicación frente a un espectáculo tan bonito.

— Aquí, Señor Lanza. No, mejor acá, decía otro. No, si desde aquí se aprecia todo el Alcázar. No, y con eso se iba pasando el tiempo entre tantas indecisiones.

En medio de esta batahola, Lanza inclinó su cabeza hacia mí, estiró su mano grandota y me dijo, con un tono firme:

— Ven, nos sentamos acá.

Y como por arte de magia, poco a poco todos empezaron a sentarse rodeando nuestra ubicación, que quizás no era la mejor pero era una.

Si hay algo que impacta en los comentarios de Gandhi, era su interpretación de la belleza de compromiso. Uno no sabe si hay otras posibilidades mejores en lo que hace, pero si uno las hace ya es algo hermoso. Cuando Lanza me tomó la mano, en realidad estaba clavando una estaca. Era ahí, y listo. A partir de eso se empieza a crear a razonar, pero la maquinaria torpe del discurrir se para y empieza la producción de algo definitivo. Quizás, no sea lo mejor, pero haremos lo posible para corregirlo la próxima vez.

La Borie y L'Escalette

Nunca había estado antes en La Borie. Había sabido de algunos entretelones para la compra de esa propiedad. De cómo una bella mujer de Bélgica había ayuda con una importante suma de dinero, y de los esfuerzos para reunir numerosas propiedades divididas para constituir un dominio unificado. Que de una de esas propiedades aún se encontraba una hija de los antiguos dueños, y sobretodo que en esta extensión habían vivido alrededor de 3000 jóvenes en lo que se llamaban Campos de Juventud (Camp de jeu-

nesse), una creación del Mariscal Petain para enviar adolescentes franceses a lugares apartados, poco visibles y bien alejados de París, para que no pudieran ser controlados por los nazis.

De modo que cuando tuve que dar vuelta la llave de la puerta de Bollene para cerrarla, no imaginaba la experiencia que se abría en este otro lugar.

Cuando se llegaba por tren, en esa época, se debía avisar al guarda para que lo detuviera en el parador - creo que se llamaba Ceilhes- donde no había ninguna estación, sino las vías, pedregullos y un sendero estrecho en medio de un bosque. Por eso al igual que pasa con ciertas catedrales góticas, como Chartres, cuando uno se encuentra con esta propiedad desde un angosto camino, me pareció una construcción magnífica en todo el sentido de la palabra.

A partir de allí, todo fue trabajo. Un trabajo entusiasmado, no solo por mí, sino por los compañeros y por los visitantes que aportaban cada uno su cuota, pequeña o grande, de esfuerzo para que la Comunidad del Arca se hiciera un emblema real.

Fue en este período intenso que Lanza me adjudicó hacer “L’Escalette”. El gran desafío de mi carrera, y la obra que dió sentido a mi actividad profesional. No era sencillo, satisfacer tantos requisitos (depósito, dos viviendas para familias numerosas, escuela y cuartos para solteros). Y sobretodo hacerlo sin grandes posibilidades económicas, extrayendo la piedra de la montaña y haciéndola pedazos para que pudieran ser elevadas y conformar los grueso muros. Todo esto en un primer invierno con temperaturas que llegaban a los 20° bajo cero.

Cuando por fin, pocos meses después, habíamos cumplido con la hazaña, Lanza se me acercó y en ese momento, por fin, puso la mano sobre mi hombro diciendo por lo bajo:

— Opus perfecta.

No importa donde tenemos que realizar una tarea. No importa tampoco cuál es esa tarea. En casos como el que me tocó vivir con “L’Escalette” uno aprende que el trabajo hecho con pasión y placer se convierte en un instrumento del conocimiento. Nunca más me fue dada la posibilidad de repetir una experiencia similar, ni creo que ya la pueda hacer nuevamente, por ello el otro mensaje es que la ocasión es única, y perderla haciendo

una cosa que nos disgusta o no nos interesa es, al fin, perder una de nuestras cosas más preciosas, nuestro tiempo.

Pareces estúpido

De las tantas visitas que teníamos, cierta vez arribó una amiga de Buenos Aires, y nadie podrá saber bien si la nostalgia, la alegría de encontrar alguien para compartir muchos recuerdos inolvidables, sumados a la figura de una hermosa joven hicieron que mi interés por estar con ella estuviera en aumento durante su estadía en la Comunidad. Pero todos mis intentos fueron vanos y por fin el guerrero tuvo que darse por vencido.

Tanta era la desdicha que, por cierto, el depositario del drama fue Shantidas mientras íbamos camino de un molino cercano. En estos casos, de confesión sin confesionario, su figura tomaba la dimensión de una gran estatua. Su balanceo era absolutamente igual y su silencio era el signo de una atenta escucha. En mi debilidad, balbuceaba a su lado todos los infortunios del amante despechado, sin saber cómo pedir que me pusiera una mano sobre el hombro y me diera unas palmaditas cariñosas para calmar al desgraciado.

Cuando los tristes comentarios se terminaron, con el mismo balanceo de siempre, y sin mirarme, me respondió:

— Hector, cuando te escucho hablar así, me pareces un estúpido!!, y siguió

— Mira ese paisaje, mira ese sol, mira esas flores y ese verde tan luminoso.

El encorvado guerrero vencido, se puso a ver como un autómatas todo eso y comprendió.

Si hay algo tremendamente difícil de discernir es la dimensión verdadera de las desgracias. Cuando creemos como Job que ya no nos puede pasar algo peor de lo que vivimos, se nos presenta algo más terrible, o alguien delante nuestro que sufre más que nosotros. Por cierto, controlar el valor del dolor y aplicarlo solamente a las cosas que más dañan nuestro espíritu es el ejercicio fundamental para alcanzar una paz interior que normalmente nos huye.

Final

Sumar todas las anécdotas, y las veladas enseñanzas que surgían al compartir tantos momentos con Shantidas, convertiría este texto en un libro. Quizás, un libro inútil ya que las experiencias interiores, son interiores a cada uno y por ello la resonancia es distinta en cada caso.

Aún hoy me pregunto qué fue lo que me permitió tomar conciencia contemporánea de su personalidad.

Creo que mi adolescencia, me permitió ser absorbente y no estar recubierto con una corteza seca y endurecida por prejuicios o preconcepciones, que podían hacer rechazar sus enseñanzas. Quizás, esto sea, lo más importante, mantener una actitud libre, abierta y virgen para que las manifestaciones que el Supremo esparce en muchos de nuestros prójimos, nos indiquen el camino a seguir para llegar a nosotros.



Primer encuentro en Maschwitz (Arg.)



La línea recta



El trovador



La entrada al hameau de Bollène



El viñedo de Bollène



Chanterelle y algunos compañeros



Primeros almuerzos sobre la hierba en La Borie



En casa de Jean Baptiste



Descendimiento de la Cruz en La Pasión



Momento del Coro de la Pasión



La recriminación de Judas (Shantidas)



La Borie, Shantidas y Chanterelle



Camino a Roqueredonde



L'Escalette desde el aire



L'Escalette desde los caminos



L'Escalette desde abajo



Ayudando a Shantidas a terminar el Cristo danzante



Primeros encuentros en Ing. Maschwitz (Arg)



En la redacción de Índice en España junto a J. Fernandez Figueroa



Primeras acciones en Argentina



Shantidas con Jean Goss y Hildegard en Montevideo (Uruguay)



Con Jo Pyronnet en la marcha de Lausana (Suiza)



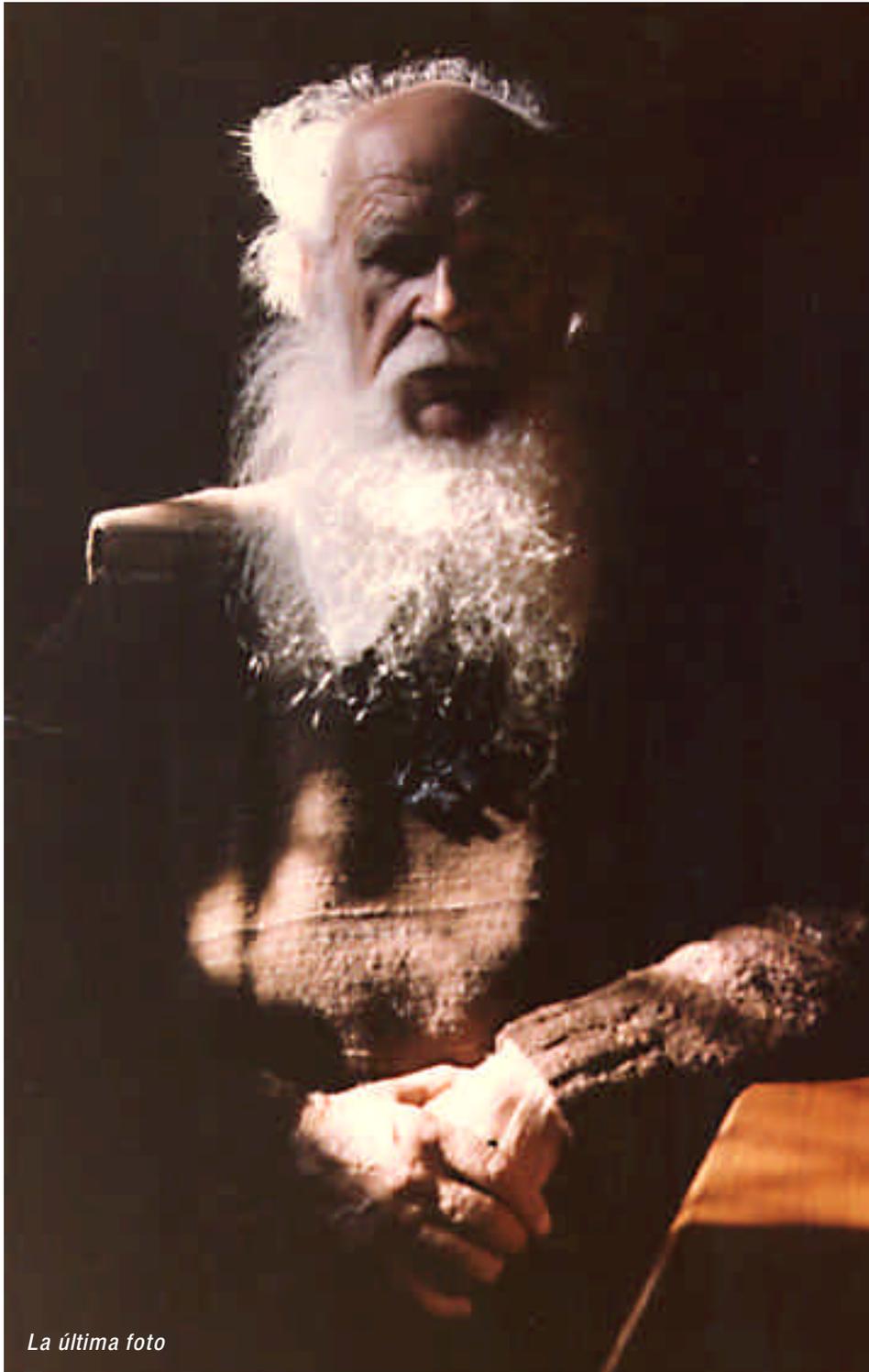
Jo recibe consejos del "clochard" antes de ir a prisión en Bollène



Con barba y el dormitorio de Bolléne



Shantidas y Pierre Le Fidele, cuando se estaba colando la campana de La Borie



La última foto